

TRAGEDIA ANDINA.

La lucha en la Guerra del Pacífico (1879-1884)

William F. Sater

Traducción de Cristina Labarca

ÍNDICE

Siglas y abreviaturas	11
Agradecimientos	15

INTRODUCCIÓN	17
--------------	----

LAS MANIOBRAS PREVIAS A LA GUERRA	41
-----------------------------------	----

<i>Casus Belli</i>	43
<i>Los líderes</i>	48
<i>Buscando el origen de la guerra</i>	51

EJÉRCITOS COMPARADOS	59
----------------------	----

<i>Los militares peruanos</i>	60
<i>El ejército de Bolivia</i>	65
<i>El ejército chileno</i>	75
<i>Los soldados</i>	84
<i>La logística de la guerra</i>	89
<i>El servicio médico</i>	105
<i>Atrocidades</i>	107
<i>Crimen y castigo</i>	109

ESCUADRAS COMPARADAS	113
----------------------	-----

<i>Aprendiendo las lecciones del poder naval</i>	113
<i>Los buques de guerra de los beligerantes</i>	114
Chile	114
Perú	117
<i>La Armada virtual de Bolivia</i>	119

<i>Flotas comparadas</i>	121
Chile	121
Perú	124

DE CHIPANA A IQUIQUE	133
----------------------	-----

<i>Miguel Grau versus Juan Williams Rebolledo</i>	134
<i>Las primeras semanas de la guerra naval</i>	135
<i>La batalla de Chipana</i>	137
<i>De vuelta a punto muerto</i>	139
<i>El combate de Iquique</i>	141
<i>El impacto de Iquique</i>	151

ANGAMOS Y MÁS ALLÁ	155
--------------------	-----

<i>El crepúsculo de Iquique</i>	156
<i>El fiasco del Rímac</i>	164
<i>La redada de Punta Arenas</i>	168
<i>El principio del fin</i>	169
<i>El combate de Angamos</i>	172
<i>La guerra sigilosa</i>	180

EMPIEZA LA GUERRA TERRESTRE	191
-----------------------------	-----

<i>La campaña del desierto</i>	192
<i>El desembarco de Pisagua</i>	193
<i>La batalla de Dolores</i>	209
<i>Tarapacá</i>	220
<i>La batalla de Tarapacá</i>	222
<i>La política de la derrota</i>	229

LAS CAMPAÑAS DE TACNA Y ARICA	235
-------------------------------	-----

<i>El bloqueo de la costa peruana</i>	236
<i>La invasión de Tacna</i>	240

<i>Avance hacia el interior</i>	243
<i>La batalla por Los Ángeles</i>	245
<i>Avance hacia Tacna y Arica</i>	248
<i>La toma de Arica</i>	271

EL ASEDIO DE LIMA	283
-------------------	-----

<i>Los saqueadores de Patricio Lynch</i>	284
<i>El avance hacia Lima</i>	288
<i>La ciudad celestial de Lima</i>	296
<i>El primer ataque: la batalla de Chorrillos</i>	305
<i>El segundo acto: la batalla de Miraflores</i>	319

LA GUERRA SUCIA	331
-----------------	-----

<i>Intento de paz</i>	332
<i>La guerra interminable</i>	336
<i>La locura de Letelier</i>	338
<i>La campaña de la Sierra de 1882</i>	344
<i>La diplomacia de la derrota</i>	362
<i>1883: la segunda campaña de la Sierra</i>	364
<i>Los últimos días de la guerra peruana</i>	373
<i>El final de la guerra</i>	378

CONCLUSIÓN	383
------------	-----

<i>Fuentes y bibliografía</i>	397
-------------------------------	-----

SIGLAS Y ABREVIATURAS

<i>al.</i>	<i>aliis</i>
AM	Pascual Ahumada Moreno (recopilador), <i>Guerra del Pacifico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que a dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia. Valparaíso, 1884-1892.</i>
ANMI	Archivo Nacional Ministerio del Interior
ANFV	Archivo Nacional fondos varios
ANIA	Archivo Nacional Intendencia de Atacama
Btn.	Batallón
CGMG	Correspondencia general Miguel Grau
C.O. <i>a veces</i> Col.	Coronel
CSCI	Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Dr.	doctor
ed.	Editor <i>a veces</i> editado
eds.	Editores
E.M.G.	Estado Mayor General
F.O.	Foreign Office, correspondencia general, Chile 1875-1884, Public Records Office, London. Great Britain, donde 16 corresponde a Chile y 61 a Perú.
Gen.	General
GPO	Government Publishing Office
<i>Ibid.</i>	<i>ibidem</i>
Impr.	Imprenta
Int.	Intendente
HMS	His/Her Majesty's Ship (buque de Su Majestad)
Nº	número
n.d.	no date (sin fecha)
n.p.	no publisher (sin editorial)

<i>op. cit.</i>	Obra citada
p.	página
pp.	páginas
PUCP	Pontificia Universidad Católica del Perú
ret.	retiro
S.E.	Su excelencia
sf	sin fecha
Sr.	señor
ss.	siguientes
St.	saint
Tip.	tipografía
vol.	volumen
vols.	volúmenes

*Para John M. Dixon, mi yerno,
y Milo Joseph Dixon mi nieto.*

*Para aquellos hombres y mujeres que sacrificaron su salud,
sus vidas y su juventud protegiendo a sus respectivas patrias.*

AGRADECIMIENTOS

Como muchos trabajos académicos, este libro es el resultado de una colaboración. Mis buenos amigos, los profesores Christon Archer y Jaime Rodríguez, me acosaron, amenazaron y persiguieron sin piedad para que presentara al lector un estudio que pretende ser una producción académica objetiva. Pienso que sus esfuerzos conjuntos lograron contener mi exuberancia natural, aunque puede que haya personas que no estén de acuerdo.

La lista de colegas chilenos a quienes debo mucho crece cada año. La profesora Patricia Arancibia Clavel, su hermano, el general en retiro Roberto Arancibia Clavel y su hija Claudia Arancibia Floody me entregaron mucha ayuda, tal como lo hicieron Carlos Tromben, capitán de navío en retiro, y el Sr. Gilles Galté. El Dr. Ricardo Couyoumdjian y su esposa, Mabel, siempre me han acogido en su hogar, y en su mesa, cosa que agradezco profundamente. También me he beneficiado de los trabajos de los profesores Gonzalo Vial, Alejandro San Francisco y Ángel Soto. Mi *mispocha* –la fallecida Nana Bronfman y sus hijos, y Lucy y su esposo, Claudio, y sus hijos Eduardo e Irene– me han recibido de forma generosa cada vez que he visitado Santiago. Gonzalo Mendoza y su esposa, Verónica, me han hecho sentir en casa, ya sea en: Los Angeles, Madrid o Santiago, y he pasado horas encantadoras con ellos y sus hijos. La consejera general de Perú en Los Angeles, la embajadora Liliana Cino, y su marido, el embajador Gustavo Silva, además de Jorge Ortiz Sotelo, facilitaron mi investigación en Perú, tal como hicieron el director y el personal de la Biblioteca Nacional de ese país. La sección de préstamos interbibliotecarios de la California State University, Long Beach, también me ayudó mucho.

INTRODUCCIÓN

Cuando le pidieron que definiera “conflicto armado” a George Ives, un veterano de la guerra entre Gran Bretaña y los Boers sudafricanos (1899-1902), de ciento once años de edad, recurrió a la misma lógica que usaba el ladrón Willy Sutton para explicar por qué asaltaba bancos: “Vas a la guerra para matarlos”, observó Georges Ives, “y ellos tratan de matarte de vuelta”¹. En este sentido, la Guerra del Pacífico no es única; es solo uno más de los incontables baños de sangre que caracterizaron el siglo XIX. Y es tal vez por ese motivo que muchos académicos nunca han oído hablar de la Guerra del Pacífico y que los pocos que vagamente recuerdan este conflicto lo confundan con el teatro del Pacífico en la Segunda Guerra Mundial. El hecho es que la Guerra del Pacífico no se desarrolló en el siglo XX. Entre 1879 y 1884, se enfrentó Chile con las fuerzas unidas de Bolivia y Perú. Este conflicto alteraría de manera dramática no solo las fronteras de estas naciones sino, también, su memoria colectiva. Tras su triunfo, Chile anexó la provincia boliviana de Atacama, con lo cual La Paz pasaría a ser la capital de una nación sin salida al mar, y Santiago el propietario de sus depósitos de guano y minas de nitrato (salitre). Los chilenos no sabían, entonces, que Atacama también contenía algunos de los depósitos de cobre más ricos del mundo. Gracias a su victoria, Chile también adquirió la provincia peruana de Tarapacá, lo que dio a Santiago el control de casi la totalidad de los depósitos mundiales de nitrato. La exportación de salitre, que se usaba para la manufactura de explosivos y fertilizante, financiaría a varios gobiernos chilenos hasta comienzos de la década de 1920. Por su lado, la pérdida de las salitreras frenó el crecimiento económico de Perú. Mucho después de que finalizaran las batallas, peruanos y bolivianos amenazaron con una guerra de revancha contra Chile. Sin embargo, Santiago retuvo tenazmente dos provincias peruanas, Tacna y Arica, hasta que un acuerdo a fines de la década de 1920 devolviera la primera a Perú. Y, aunque a Bolivia se le permitió el uso de Arica como puerto libre, este país aún añora, no un lugar al sol, sino uno a la orilla del mar.

¹ Cuando le preguntaron por qué robaba bancos, Willie Sutton explicó: “Ahí es donde estaba el dinero”. John Spurling, “And the Winners Shall Be Losers”.

La Guerra del Pacífico no fue solo una de las luchas más largas en Latinoamérica a fines del siglo XIX; también fue uno de los pocos conflictos a gran escala que experimentó el mundo en esa época. Después de 1871, las beligerantes naciones de Europa occidental dejaron de aniquilarse de forma mutua con el ardor con que acostumbraban hacerlo. No convirtieron sus espadas en arados ni sus lanzas en hoces de un día para otro; al contrario, gastaron enormes sumas de dinero en mantener sus armas bien afiladas. Desplazaron las masacres hacia África, Asia, o los márgenes de Europa, el territorio entre Rusia y Turquía, Asia Central y los Balcanes. Así, los británicos combatieron contra los pathanes de Afganistán a fines de la década de 1870; en 1885, lucharon en Sudán contra los que algunos denostativa y burlescamente llamaron *Fuzzy Wuzzies* o Derviches, quienes a pesar del nombre despectivo, destrozaron a la tropa británica; contra los zulús de Natal (1879); y los boers de los campos sudafricanos. Otras naciones europeas también participaron en guerras imperiales: los franceses triunfaron sobre los vietnamitas a comienzos de la década de 1880, aunque tuvieron que usar bombas de ácido pícrico entre 1883 y 1885 para derrotar a los hova de Madagascar y, después de 1898, a algunas de las otras tribus de la isla. No debiera sorprendernos del todo que los alemanes, ansiosos de obtener tierras en África suroccidental, libraran una guerra genocida, que hacia 1908 había matado al noventa por ciento del pueblo herrero, pastores de la región. Hasta las potencias europeas más pequeñas cedían a impulsos coloniales: a partir de 1884, el rey Leopoldo supervisó la brutal ocupación belga que aniquiló a millones de congolese; en 1873 los vecinos holandeses de Leopoldo enfrentaron mayores dificultades en su lucha contra el sultán de Achin en Indonesia. A los italianos les fue peor: sufrieron una humillante derrota frente a las legiones etíopes en la batalla de Adowa de 1896.

A diferencia de sus vecinos de Europa Occidental, Alejandro III no tuvo que cruzar los mares para perseguir el inexorable avance de Rusia hacia Asia Central, o para luchar contra los turcos en 1877 y 1878. Su éxito en estos dos escenarios animó, al parecer, a su heredero, Nicolás II, a luchar en 1904 y 1905 contra las fuerzas armadas del emperador Meiji, que habían sido modernizadas hacía poco. El sentido común debió frenar los apetitos imperiales del Zar, pero como señaló poco antes el emperador Guillermo II de Alemania, la sabiduría no era el punto fuerte de su primo Nicky. Así, el Zar cometió el error garrafal de entrar en un conflicto que resultó ser lejos más costoso que las anteriores aventuras de Rusia: para 1905 las fuerzas armadas japonesas habían acabado con la mayor parte de las flotas de Nicolás II en el Lejano Oriente y el Báltico, y una parte sustancial de su ejército, lo que obligó al Zar a contener sus impulsos imperiales.

A excepción de los enfrentamientos de los rusos con los turcos y japoneses, la mayoría de las guerras de fines del siglo XIX fueron conflictos de corta

duración y baja intensidad. En vista de esta falta de “guerras modernas”, los historiadores militares han tenido pocos casos de estudio para analizar. De ahí que algunos académicos se hayan dedicado a estudiar la guerra civil de Estados Unidos y la guerra franco-prusiana. Estos conflictos demostraron ser muy instructivos porque fueron los primeros encuentros donde sus participantes usaron rifles de retrocarga, lo que permitió que las tropas cargaran sus armas desde una posición recostada, lo que, a su vez, limitaba su exposición a los disparos enemigos. Las nuevas armas pequeñas, estriadas y con cartuchos metálicos, duplicaban la velocidad de disparo de los soldados, mientras que el alcance de sus armas se incrementaba hasta en un cuatrocientos por ciento. Gracias a esta nueva tecnología, la infantería de las trincheras podía, en palabras de un pensador militar, convertir en “alimento para pólvora” a cualquier formación de hombres que estuvieran demasiado juntos o cualquier escuadrón de caballería que entrara neciamente a campo abierto frente a una posición de defensa, lugar que varios oficiales militares estadounidenses llamaron “la zona del peligro” o “el espacio mortal”. De ahí en adelante, las unidades renunciaron a atacar en formaciones compactas. En vez de esto, pequeños grupos de hombres avanzaban a grandes pasos, una técnica que algunos llamaron “ataque en enjambre”. Cuando se abría fuego a las tropas ofensivas, estas debían atrincherarse y usar sus pequeñas armas para frenar el fuego enemigo, mientras un segundo grupo de ataque pasaba a través de la primera unidad, hacia el objetivo. Si era necesario, un tercer grupo podía seguir los pasos al segundo. Estas oleadas de hombres que se adelantaban unos a otros, iban alternando movimientos para atrincherarse y avanzar hasta que finalmente podían acercarse al enemigo. Estas tácticas, al presentar menos objetivos y más separados entre sí, reducían la cantidad de bajas².

A pesar de las claras ventajas de estas maniobras, muchos escépticos dudaban de la eficacia de las nuevas técnicas de batalla. Un oficial británico, el capitán Charles Booth Brackenbury, admitió: “Es cosa muy fea atacar contra armas de retrocarga, pero hay que hacerlo... la fuerza moral es lo que prevalecerá”³. El ejército del Zar adoptó precisamente esa filosofía a mediados de julio de 1877, cuando sus formaciones en masa asaltaron las posiciones fortificadas turcas en Plevna. Las tropas otomanas, que estaban bien atrincheradas y equipadas con armas de retrocarga, Peabody-Martini, de la más alta tecnología, repelieron a los rusos, masacrando o hiriendo al veinticinco por ciento de los oficiales del Zar y al veintitrés por ciento de sus hombres. Estas horribles pérdidas no desalentaron a los generales zaristas. Tras seis horas de bombardeo se llevó a cabo otro ataque en masa que también falló, de nuevo con una baja del veinticinco por ciento de las tropas rusas. Los rusos lograron

² Francis Vinton Greene, *Report of the Russian Army and Its Campaign in Turkey, 1877-1878*, pp. 421, 545.

³ Charles Booth Brackenbury, “The Autumn Manoeuvres of England”, pp. 222-244.

ocupar Plevna, pero solo después de abandonar los ataques frontales en masa y reemplazarlos por un sitio que duró cinco meses.

Por desgracia, los ejércitos europeos no aprendieron las lecciones de la guerra civil de Estados Unidos y de la guerra franco-prusiana. En 1879, durante las primeras etapas de la Guerra Zulú, el general Frederick Thesiger, comandante de la fuerza de expedición británica, nombrado hacia poco lord Chelmsford, cometió dos errores capitales: dividió el mando de sus fuerzas y, peor aún, subestimó a su adversario. Liderando una columna que consistía en dos batallones del 24° regimiento de élite, más auxiliares locales y algo de artillería, entró el 11 de enero de 1879 al territorio zulú. Dentro de nueve días su columna llegó a Isandlwana, una alta montaña que se erguía sobre una planicie lo suficientemente espaciosa como para acomodar a las fuerzas invasoras y sus cabalgaduras. Tras ordenar a seis compañías del 24° regimiento –unos ochocientos hombres– más nueve mil auxiliares y unas cuantas piezas de artillería que permanecieran en la base de Isandlwana bajo el mando del teniente coronel Henry Pulleine, siguió camino con la esperanza de encontrar a las legiones zulúes.

Los enemigos de lord Chelmsford encontraron a su comando primero: veinte mil zulúes, blandiendo azagayas, atacaron el 26 de enero de 1879. El comandante británico, manco, intentó valientemente reunir a sus hombres y, equipados con los rifles Martini-Henry de calibre .45 y la artillería, constituyeron una fuerza formidable. Pero en vez de atrincherarse, lo que les hubiera dado refugio, los británicos formaron una “larga línea roja”. Aunque a veces se abusa de esta descripción, en este caso resultó ser muy acertada porque las tropas inglesas en Isandlwana de hecho vestían túnicas rojas, junto con pantalones azules y cascos blancos. La línea repelió un “ataque de una horda de fanáticos” en Jartum, pero falló en Natal⁴. Los *impis* zulúes atacaron en su clásica formación de cuernos de búfalo: un grupo, representando el cuerpo del animal, asaltó a los ingleses de frente mientras otras dos columnas, los cuernos, envolvieron a los flancos británicos. Aunque estaban equipados con rifles modernos y cartuchos de disparos de artillería de largo alcance, la línea roja retrocedió. Formaron cuadros, pero fue en vano: los zulúes los dominaron, matando y degollando a más de mil trescientos oficiales y hombres.

Los zulúes repitieron esta táctica una segunda vez. Días después de la debacle de Isandlwana, cuatro mil zulúes atacaron a un contingente de ciento cuarenta hombres, también del 24° regimiento, que estaba estacionado en la cercana misión de Rorke’s Drift. A diferencia de sus desafortunados coteráneos, estos soldados a plena vista no opusieron resistencia. En cambio, se guarecieron detrás de parapetos que habían levantado rápidamente con sacos de arena, y en el edificio de piedra de la misión. Así, a pesar de las abrumado-

⁴ Charles Edward Callwell, *Small Wars*, p. 388.

ras dificultades, los británicos, protegidos por sus fortificaciones improvisadas, repelieron ola tras ola de zulúes, obligándolos a retroceder, y solo tuvieron diecisiete bajas mortales y cuarenta y tres heridos. Las dos lecciones surgidas de estos combates reforzaron las de la guerra civil de Estados Unidos y el conflicto franco-prusiano: que la bala de rifle y no la bayoneta –que el general William Sherman descartó por superflua– se había convertido en el arma más eficiente en el campo de batalla y que las tropas debían luchar protegidas por barricadas⁵.

Las armas que elevaron a la infantería a un papel preeminente en el campo de batalla limitaron el papel de la artillería. A pesar de que algunos ejércitos, entre ellos el británico, siguieron prefiriendo los cañones de bronce de alma lisa y avancarga, estas armas simplemente no podían competir con los nuevos cañones de acero de retrocarga, en especial los producidos por Krupp. Como sucedía con el rifle, la pieza estriada de artillería tenía un rango mayor –hasta cuatrocientos por ciento desde novecientos metros– mejor precisión y una mayor velocidad de disparo.

Incluso con esas mejoras, estos cañones de campaña tenían ciertas limitaciones. En los conflictos anteriores, los generales movían su artillería hacia adelante, cerca de la primera línea, de modo que su metralla pudiera romper las formaciones enemigas en masa. Ahora, los artilleros enfrentaban nuevos peligros: el mayor alcance de los rifles de retrocarga obligaba a los equipos de artilleros a retirar sus armas o morir junto a sus cañones. Más importante, como demostró la guerra civil de Estados Unidos y el conflicto ruso-turco, la artillería tuvo poco impacto ante la infantería atrincherada. Por lo tanto, las armas pesadas tenían que desempeñar un papel más discreto.

Y la misma tecnología que permitió a la infantería desplazar a la artillería como presencia preeminente en el campo de batalla, en la práctica condenó a la caballería. El ataque fútil del general A. Michel, en Morsbronn, en agosto de 1870 y el intento fallido del general Jean Margueritte por romper las filas prusianas en Sedan, demostró de forma dolorosa que la caballería mantenía su garbo, pero había perdido su capacidad de impactar. De nuevo, la combinación del rifle de retrocarga, la ametralladora Gatling y la artillería que disparaba a combustión, relegó a la caballería a servir como soldados a caballo o unidades de reconocimiento, y ciertamente ya no era la fuerza de ataque consistente de antaño.

En adelante, la defensa superó a la ofensiva, en particular si estaba acullada y equipada con las nuevas armas pequeñas. En agosto de 1871, el príncipe Augusto de Württemberg ordenó a sus tropas atacar a los franceses en St. Privat, marchando en densas columnas, precedidas por las cornetas y tambores del regimiento. En veinte minutos, ocho mil soldados, es decir, el

⁵ Greene, *op. cit.*, pp. 64, 436; William McElwee, *The Art of War*, pp. 200-201.

veinticinco por ciento del cuerpo del Príncipe, yacían muertos o heridos⁶. Como concluyó Helmuth von Moltke,

“Es poco el éxito que se puede esperar de un ataque *meramente frontal*, y es muy probable que haya muchas pérdidas. Por lo tanto debemos girar hacia los flancos de una posición enemiga” (cursivas en el original)⁷.

Irónicamente, si hubiese estudiado las lecciones de la guerra civil de Estados Unidos, el general alemán ya habría aprendido esa lección. Pero Helmuth von Moltke menospreciaba la guerra civil estadounidense, y, al parecer, menospreció el conflicto describiéndolo como “dos turbas armadas persiguiéndose a lo largo del país, de lo cual no se puede aprender nada”⁸. La Guerra del Pacífico ofrecería las mismas oportunidades a los estrategas para testear sus teorías y armas, pero, una vez más, fueron pocos los que se dieron la molestia de estudiarla. Por tanto, los ejércitos rusos y japoneses tendrían que volver a aprender esta lección en 1905, al igual que todos los países beligerantes de la Primera Guerra Mundial.

Claramente, la conducción de la guerra había evolucionado. Los hombres ya no marchaban hacia la batalla esperando vivir de la tierra. Los ejércitos necesitaban vías férreas para transportar mayores cantidades de hombres, artillería, equipamiento y víveres hacia el frente. También requerían el, recién inventado, telégrafo para que el cuartel general se pudiera comunicar con las unidades en terreno. En resumen, para satisfacer las necesidades cada vez más complejas de tantas tropas, los militares tuvieron que crear comandos de intendencia para alimentar y vestir a sus soldados, un cuerpo médico para mantener su salud en las guarniciones y en el campo de batalla, además de unidades de transmisiones y transporte. Y lejos por sobre estos elementos dispares, estaba el Estado Mayor –integrado por las élites intelectuales del ejército– que se aseguraba de que el desempeño de las unidades de suministro y apoyo mejorara los esfuerzos de los combatientes⁹.

Unas pocas naciones asimilaron algunas de las lecciones tecnológicas de la guerra civil de Estados Unidos y el conflicto franco-prusiano. Por ejemplo, hasta Rusia creó y usó un dispositivo telegráfico, unidades de ferrocarriles y un cuerpo médico en su enfrentamiento con Turquía en 1877 y 1878. Irónicamente, los franceses no establecieron una oficina de vías férreas en el Ministerio

⁶ Michael Howard, *The Franco-Prussian War*, p. 175.

⁷ Citado en John Frederick Charles Fuller, *A Military History of the Western World*, vol. II, p. 105.

⁸ Citado de John Frederick Charles Fuller, *War and Western Civilization, 1832-1932: a study of war as a political instrument and the expression of mass democracy*, p. 99; citado en Jay Luvaas, *The Military Legacy of the Civil War*, p. 126.

⁹ Para una vista general de la evolución de la guerra, véase Martin van Creveld, *Command in War*; Michael Howard, *The Franco-Prussian War* y Jeremy Black, *Western Warfare*.

de Guerra hasta 1877¹⁰. Pero las naciones desarrolladas parecían ignorar las implicaciones tácticas de estos conflictos previos.

Dada la escasez de guerras europeas, los interesados en la evolución de conflictos armados debieran haber analizado otros conflictos, no los de Europa Occidental y Estados Unidos, sino la Guerra del Pacífico. Esta batalla incorporó muchas de las mismas armas que fueron tan importantes en las luchas anteriores de Europa y Estados Unidos y que resultarían igualmente influyentes en guerras posteriores. En efecto, como los combatientes también lucharon por el control de los mares, la guerra sudamericana, a diferencia de la guerra franco-prusiana, proporcionó una oportunidad única para estudiar la evolución de las contiendas navales, con el uso del espolón, el buque de guerra acorazado y el torpedo. Desafortunadamente, aunque algunos países reconocieron de manera tardía ciertos aspectos de la Guerra del Pacífico, no asimilaron ninguna de sus lecciones tácticas. Pagarían caro por este descuido.

LAS NACIONES EN GUERRA

Ninguno de los tres beligerantes estaba listo para la guerra que comprometió a estos países en 1879. Perú, que tenía la mayor superficie de los tres, se extendía casi desde los tres a veintitún grados latitud sur, y desde el Pacífico, a través de los Andes hacia la cuenca del Amazonas. Al igual que en Bolivia y Chile, la geografía de Perú estaba dominada por la cordillera de los Andes. Tres ramas de la misma –la cordillera Occidental, la cordillera Central y la cordillera Oriental– habían formado a gran parte de Perú como una serie de depresiones o valles que corrían en todas direcciones. Gran parte de la cordillera Occidental, que abrazaba la costa peruana desde la frontera al sur de Ecuador, caía literalmente en el océano Pacífico. Por lo general, esta franja costera no era apta para las actividades agrícolas, pero luego de siglos de escurrimientos desde los Andes, se habían formado quebradas de este a oeste y planicies aluviales que se podían cultivar. Lamentablemente, en los 2.250 km de la costa peruana, solo había treinta valles que llegaban hasta el océano. Además, los zarcillos de los Andes aislaban de tal forma a los valles fértiles que estos tenían que comunicarse por mar y no por tierra con el resto de la nación¹¹. Las montañas costeras, que a veces habían sido empujadas hacia arriba por la actividad volcánica, se erguían de manera inexorable hacia el este, hasta alcanzar alturas de cuatro mil docientos metros. Más adelante formaban un desierto costero y una serie de cuencas separadas de la costa por la cordillera Occidental y de la selva ama-

¹⁰ Greene, *op. cit.*, pp. 30, 34-36; Bruce W. Menning, *Bayonets before bullets. The Imperial Russian Army, 1861-1914*, p. 114; Alan Mitchell, *Victors and Vanquished. The german influence on army and church in France after 1870*, pp. 62-63.

¹¹ Isaiah Bowman, *Desert Trails of Atacama*, p. 90 y también su *The Andes of Southern Peru*, p. 113.

zónica por las cimas nevadas de la cordillera Oriental, que en algunas partes ascendían a seis mil metros. Aunque algunas de estas cuencas eran aptas para la agricultura –por lo general solo bajo cuatro mil metros de altitud– las alturas superiores hacían imposible la mayoría de las actividades pastoriles excepto la crianza de alpacas o llamas que se alimentaban con *ichu*, un pasto local¹².

En 1879, Perú tenía una superficie de entre un millón quinientos mil y un millón seiscientos mil kilómetros cuadrados. De sus dos millones quinientos mil a dos millones setecientos mil habitantes, el veintitrés por ciento residía en el puerto de Callao, la capital Lima (entre cien mil y ciento veinte mil) y en ciudades costeras como: Arica, Pisagua, Ilo e Iquique o en los valles aluviales que desembocaban en el océano Pacífico. Casi tres cuartos de la población de Perú, en su mayoría indígenas, residían en los poblados del altiplano andino, y dada la distancia de la costa y de otros poblados de la zona, hablaban aimara o quechua, y no español¹³.

Aunque las montañas constituían gran parte del terreno peruano, este país tenía ciertas ventajas sobre su vecino Bolivia, que estaba configurado de manera similar. La cercanía de Perú al mar facilitaba sus exportaciones agrícolas y mineras a los países del Atlántico Norte. Además, hacia 1879 Perú poseía un sistema de transporte relativamente desarrollado: numerosas vías férreas llevaban materias primas desde las plantaciones del interior y las minas, hacia los puertos cercanos. Una línea de ferrocarril, la Central –una maravilla de ingeniería creada por el genio del estadounidense Henry Meiggs y el sudor de numerosos trabajadores– conectaba la capital con la ciudad andina de Chicla, una estación terminal a tres mil novecientos metros sobre el nivel del mar¹⁴. Con la esperanza de facilitar la exportación de su algodón y azúcar, el gobierno peruano había invertido una pequeña fortuna en vías férreas. Pero el sector agrario no generaba tantos ingresos como las minas peruanas. De hecho, desde la década de 1850 las exportaciones de guano –excremento de pájaro fosilizado, cuyos yacimientos se encontraban en el árido sur de Perú y en las islas Chincha mar adentro– financiaron al gobierno de la nación, sus diferentes obras públicas y, por supuesto, su creciente burocracia. Para suerte de Perú, justo cuando los depósitos de guano empezaron a agotarse, se descubrieron minas de nitrato en la provincia sureña de Tarapacá. Como el gobierno peruano estaba ansioso por maximizar los ingresos de la venta de esta materia prima, en 1875 expropió las minas, que eran mayoritariamente de propiedad extranjera. Después de esto, las empresas mineras excavaban y procesaban los nitratos a cambio de una tarifa, mientras que la nación recibía la mayor proporción de las utilidades, las que se destinaban, en parte, para pagar la deuda que Perú había contraído para nacionalizar las minas y financiar el gobierno.

¹² Bowman, *The Andes...*, *op. cit.*, p. 187.

¹³ Mariano Felipe Paz Soldán, *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, p. 111.

¹⁴ Robert Nelson Boyd, *Chili: Sketches of Chili and the Chilians during the War*, p. 186.

Desarrollar los recursos nacionales resultó difícil, en gran medida, por problemas demográficos: la mayoría de los peruanos vivía en el altiplano, donde sostenían una existencia frugal como agricultores de subsistencia, y no en las plantaciones costeras, que producían cultivos comerciales como azúcar o algodón. Los empresarios que necesitaban fuerza laboral para ocuparse de los valles ricos del país, eventualmente importaron esclavos de África o “culíes” –cuasi esclavos, si es que existe tal condición– desde China. Los asiáticos, que a menudo eran encadenados juntos, también trabajaban en las guaneras, donde algunos preferían suicidarse en vez de raspar heces disecadas de pájaros en las asoleadas y fétidas islas Chincha. Más al sur, unos nueve mil chilenos sudaban trabajando en las salitreras de Tarapacá¹⁵.

Al sureste de la provincia más austral de Perú yacía el litoral boliviano, un tramo de trescientos a cuatrocientos kilómetros de acantilados, algunos de cuatrocientos a seiscientos metros de altitud, que miraban hacia el océano Pacífico. Estos peñascos costeros colindaban con el desierto de Atacama, un erial seco e inexplorado de casi ciento diecinueve mil kilómetros cuadrados, con suelos de arena y pequeñas rocas mezcladas con conchitas de mar. No era un entorno adecuado para la agricultura, pero, afortunadamente para Bolivia, sus mineros habían descubierto sustanciales depósitos de guano y nitratos, sobre y bajo el suelo desértico. Había cinco puertos –Cobija, Mejillones, Antofagasta, Tocopilla y Huanillo– que proveían acceso al desierto; solo uno de ellos, Antofagasta, tenía buenas conexiones con el interior boliviano.

En los años posteriores a 1850, se necesitaba mucho tiempo y esfuerzo para recorrer los mil doscientos kilómetros desde la capital boliviana de La Paz, situada a tres mil novecientos metros de altitud en los Andes, a Cobija, el principal puerto boliviano en el Pacífico. Por ejemplo, en 1879 el ejército del general Hilarión Daza demoró entre doce y trece días en marchar los cuatrocientos cincuenta kilómetros desde La Paz a Tacna, una ciudad interior en la esquina sudoccidental del desierto de Atacama, y otros once días adicionales para recorrer a duras penas el tramo entre Tacna a Pisagua, un puerto en el Pacífico¹⁶. Los soldados bolivianos tendrían que marchar cuatrocientos kilómetros más hacia el sur antes de llegar a Antofagasta, en la costa boliviana del Pacífico. En resumen, cualquier viajero que usara la ruta más directa, que no era la que siguieron los soldados, necesitaba casi un mes para cubrir la distancia desde La Paz al Pacífico. Vistas estas limitaciones geográficas, Antofagasta necesitaba del mar tanto para el suministro de agua, que desalinizaba, como para su alimentación.

Aunque resultaba difícil, cruzar el desierto de Atacama era tal vez el menor de los muchos problemas que los bolivianos tuvieron que vencer. A medida que se avanza hacia el interior desde la costa, las colinas se convierten en la cordillera de la Costa, o la cordillera Occidental de los Andes, una cadena

¹⁵ Harold Blakemore, “Chile”, p. 522.

¹⁶ Ricardo Ugarte, *Efemérides de la Guerra del Pacífico*, p. 12.

montañosa que se eleva miles de metros hacia el cielo. Al este de la cordillera Occidental y al oeste de la cordillera Oriental de los Andes yace un valle a unos tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar, de alrededor de seis mil kilómetros de ancho que contiene la masa de agua interior más alta del mundo, el lago Titicaca. En el lado este del altiplano boliviano hay otra cadena de montañas, muchas de ellas de más de seis mil metros de altura, que desaparecen en las llanuras tropicales que abarcan las tierras del límite este de Bolivia. Claro está que los Andes constituyen la característica más definitoria de Bolivia: ramificaciones de la cadena montañosa no separan el país simplemente a lo largo de un eje norte-sur, sino que también lo dividen de este a oeste en una serie de valles a menudo aislados. Desde el aire, Bolivia parece un laberinto bizantino de montañas entrecruzadas que, a fines del siglo XIX, dejó a la población separada entre sí, y más aún del resto del mundo.

Con tan poca tierra cultivable, Bolivia podía, en el mejor de los casos, lograr alimentarse a sí misma. Afortunadamente para el país, debajo de su tierra yacían enormes reservas de plata y minerales industriales¹⁷. El descubrimiento de nitratos y guano en el litoral boliviano pareció abrir nuevas posibilidades para generar riqueza, aunque el hedor de las guaneras en Mejillones asaltaba las narices de los visitantes que llegaban por mar mucho antes de que posaran su vista sobre la ciudad¹⁸. Esta limitación estética no impidió a los mineros de acudir en masa hacia el litoral. Tampoco se vieron inhibidos por las veleidades de la naturaleza: los terremotos, incendios y maremotos devastaban de manera periódica las ciudades costeras bolivianas, lanzando embarcaciones que iban en camino al océano más de dos kilómetros al interior del desierto y, en 1877, literalmente borrando del mapa al hospital de Antofagasta. Tres años después del desastre, “apenas quedaba casa alguna” en la cercana Cobija, que se veía como si el puerto “hubiese sido expuesto a un grave bombardeo”. Un observador escribió “Inicialmente pensamos que estábamos viendo los resultados de la guerra”¹⁹. A pesar del potencial peligro para sus vidas, sus extremidades y sus órganos olfativos, fueron tantos los extranjeros que se mudaron al desierto de Atacama que un francés, Charles Weiner, calculó que “de cada veinte habitantes, puede contarse diecisiete chilenos, un peruano, un europeo y un coronel boliviano”. De acuerdo con Charles Weiner, había una dura división del trabajo: “Los chilenos trabajan, los europeos comercian y él [el coronel boliviano] manda”²⁰. Lo que Charles Weiner diplomáticamente no mencionó,

¹⁷ Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de la campaña de Tarapacá*, vol. 1, pp. 54-55; *El Constituyente*, 27 de noviembre de 1876, 26 de enero de 1877; *El Ferrocarril*, 20, 25 de enero de 1877.

¹⁸ Boyd, *op. cit.*, pp. 175, 178.

¹⁹ Antonio Urquieta, *Recuerdos de la vida de campaña en la Guerra del Pacífico*, vol. 1, p. 89; Boyd, *op. cit.*, p. 179.

²⁰ Charles Weiner, “La Guerra en Sud-América”, 6 de agosto de 1879, pp. 270-275 y 19 de agosto de 1879, pp. 287-289.

o no sabía, es que eran tantos los residentes chilenos en Atacama que resentían la mano dura del coronel boliviano, que formaron “sociedades patrióticas” como La Patria, que buscaba incorporar la provincia desértica a Chile; otros apelaban a sus compatriotas para desahogarse de lo que consideraban era un arbitrario y mal gobierno de Bolivia²¹. En 1879 las peticiones de estos grupos que buscaban socorro de Santiago ayudarían a precipitar la Guerra del Pacífico.

Bolivia se encontró con dificultades para administrar su litoral porque no tenía la infraestructura necesaria. En palabras de un ingeniero francés:

“Lo que se llama un camino en este país no es más que un sendero sin puentes, transitable sólo para los que caminan, van a caballo o en animal de carga”²².

Como no había caminos que se pudieran usar en todas las condiciones climáticas ni ferrocarriles domésticos, trasladar objetos dentro de Bolivia resultaba muy difícil, si no imposible: si un visitante en la década de 1870 necesitaba cinco a seis días para viajar de Sucre a Cochabamba, una distancia de poco más o menos doscientos cuarenta kilómetros, la exportación de materias primas resultaba bastante más complicada y costosa²³. En 1874 se completó una vía férrea en Perú, y eso hizo posible transportar los bienes desde La Paz en el noroeste boliviano hacia la región peruana de Puno, luego al oeste al puerto de Mollendo y desde ahí a Valparaíso o a Callao. Los mercaderes bolivianos también lograban enviar sus exportaciones hacia Argentina. Pero la nación necesitaba más que estas pocas y magras salidas. En efecto, Bolivia debió haber desarrollado líneas férreas para llevar sus productos desde el altiplano hacia puertos como Arica. Pero, como había demostrado Henry Meiggs, construir vías férreas en los Andes requería gran habilidad y enormes cantidades de dinero. Lamentablemente, Bolivia no tenía ni una ni otra. Y como eran pocos los acreedores extranjeros que estaban dispuestos a invertir en una nación tan volátil desde el punto de vista político, el futuro económico de Bolivia no parecía demasiado brillante. De hecho, no desarrollaría ferrocarriles hasta fines del siglo XIX, y pasarían casi veinte años más antes de que las vías férreas conectaran sus ciudades más importantes. Esta falta de caminos y vías férreas domésticas restringía la autoridad gubernamental a La Paz y sus entornos más cercanos. En efecto, una simple ecuación parecía regir la política boliviana: a mayor distancia de la capital, más tenue era la autoridad del Estado.

Desgraciadamente, sus instituciones políticas eran tan subdesarrolladas como su infraestructura: desde el último censo gubernamental de 1854, nadie

²¹ *El Ferrocarril*, 20 de enero de 1877 afirmó que la organización era una sociedad de ayuda mutua.

²² Edward D. Mathews, *Up the Amazon and Madeira Rivers through Bolivia and Peru*, p. 259.

²³ André Bresson, *Una visión francesa del litoral boliviano*, pp. 82-83 y 96.

sabía cuántos eran los ciudadanos gobernados desde La Paz ni dónde vivían. Un geógrafo calculó que dos millones trescientos mil bolivianos, el ochenta por ciento de ellos indígenas, poblaban el territorio de un millón trescientos mil kilómetros cuadrados²⁴. Un visitante italiano afinó estas estadísticas, estimando que siete octavos de la población residían en La Paz, Oruro, Cochabamba, Sucre y Potosí. Estas provincias, junto a las menos pobladas de Cobija, Tarija, Santa Cruz y Beni, cubrían unos ochocientos un mil kilómetros cuadrados²⁵. Las barreras naturales que dividían a Bolivia en regiones también separaban a la nación en distintos grupos lingüísticos y culturales: los indios aimara, que habitaban la zona al sur del lago Titicaca y los quechuas, que residían hacia el sureste. Como era de esperar, esta desafortunada convergencia de obstáculos geográficos y diferencias culturales y lingüísticas favoreció un fuerte sentido de identificación con una región más que con el Estado-nación²⁶.

La misma topografía que frenaba el crecimiento económico de Bolivia, fomentaba la regionalización y socavaba la autoridad del gobierno central, también privaba al Estado de las rentas fiscales que necesitaba para gobernar. En 1846, el gobierno aún obtenía el cincuenta y un por ciento de sus ingresos del tributo indígena y del gravamen a la coca. El descubrimiento de los depósitos de plata en Caracoles, situado en las montañas a tres mil metros de altura y unos doscientos sesenta kilómetros al noreste de Antofagasta, y la mina de Huanchaca, parecieron ofrecer nuevas esperanzas para la economía boliviana. Pero a pesar de que los impuestos a las minas de plata terminaron por reemplazar el impuesto a los indígenas y a la coca, el ingreso del gobierno en 1879, se mantuvo igual al de 1825 en moneda de valor constante²⁷. Peor aún, a medida que más países sustituían el régimen bimetálico por el patrón oro, el precio internacional de la plata bajó, y así lo hizo también el ingreso fiscal de Bolivia. La nación necesitaba desarrollar una fuente de recursos más confiable, de preferencia en una región geográfica que gozara de acceso a transporte, para reducir el costo de producción.

El descubrimiento de guano y nitratos en el litoral prometía curar su anemia financiera. Quizá por primera vez la geografía no retrasaría su desarrollo: los amplios depósitos de nitratos de la nación no solo yacían cerca de la superficie del desierto de Atacama sino que, además, solo había unos pocos kilómetros de pampa plana entre las salitreras y el puerto de Antofagasta. No tuvo que

²⁴ Hay desacuerdo sobre el tamaño y población de Bolivia. El geógrafo contemporáneo, L.V. Doll, estimó que el país abarcaba una superficie de un millón trescientos mil kilómetros cuadrados y que su población era de 2.325.000 habitantes, L.V. Doll, "Jeografía de Bolivia", vol. I, pp. 144-45.

²⁵ Tomás Caivano, *Historia de la Guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*, vol. II, pp. 143, 145; José Clavero, "Perú, Bolivia y Chile," vol. I, p. 146; Doll, *op. cit.*, vol. I, pp. 144-145.

²⁶ Alexander Taylor Edelman, "Colonization in Bolivia: progress and prospects", pp. 39-54; Roberto Querejazu, *Guano, salitre, sangre*, p. 224.

²⁷ Caivano, *op. cit.*, vol. II, p.137; James Dunkerley, *The Politics of the Bolivian Army: Institutional Development to 1935*, p. 24.

esperar mucho tiempo para disfrutar de los frutos económicos: hacia 1879 La Paz obtenía al rededor del cincuenta por ciento de sus ingresos de los impuestos sobre la minas de Atacama. Claramente había encontrado al fin el rescate de Atahualpa que necesitaba para poner fin a su subdesarrollo económico²⁸. Por desgracia, los líderes bolivianos cometieron, sin saberlo, un peligroso pecado de omisión: como señaló el enviado boliviano a Gran Bretaña, Adolfo Ballivián:

“La nación para quien [sic] se abrió por azar, en el borde del mar, una amplia puerta hacia riquezas incalculables y futura fortuna, debiera cerrarla o protegerla bien contra la envidia y rapacidad de la violencia. Quien está a cargo de costas, puertos y vías férreas no debiera descuidar las responsabilidades que conllevan”²⁹.

Pero el gobierno boliviano desoyó la advertencia de Adolfo Ballivián: atraídos por la perspectiva de trabajo en la industria minera, más de diez mil chilenos inundaron el desierto de Atacama. En muchos aspectos, Bolivia replicó la locura de México con respecto a Texas: al permitir que gran número de extranjeros se instalara en su territorio. La Paz había creado un desequilibrio demográfico que favorecía a los chilenos. Y, aunque un diario santiaguino, *El Ferrocarril*, advirtió que muchos bolivianos que vivían en el desierto de Atacama podrían preferir el dominio chileno, el *Chilian Times* escribía: “Chile nunca tomaría su territorio [el de los bolivianos] a cambio del precio de la guerra; y es dudoso que se haga cargo de sus turbulentos habitantes por precio alguno”³⁰. Ambos diarios se equivocaron de manera rotunda.

De los tres beligerantes, Chile era, si no el más pobre, el más pequeño en términos de superficie y población: sus aproximadamente dos millones doscientos veinticinco mil habitantes ocupaban un territorio de trescientos sesenta y dos mil kilómetros cuadrados. Algunos argumentaban entonces que solo los blancos constituían la sociedad chilena, pero como replicó con poca amabilidad un profesor estadounidense, los “indígenas araucanos, a través de matrimonios mixtos, han diseminado su sangre y también sus hábitos descuidados entre las clases bajas a lo largo de la nación”. Sin duda, la verdad sobre la composición racial de Chile estaba en algún punto intermedio entre esos dos extremos³¹.

Aunque era la más pequeña, la superficie terrestre de Chile no era más compacta que la de sus vecinos. Una larga faja de territorio –alrededor de mil cuatrocientos kilómetros– separaba la frontera norte con Bolivia del valle central, la zona que era donde residía la mayoría de los habitantes de esa

²⁸ José Fellmann Velarde, *Historia de Bolivia*, vol. II, p. 269.

²⁹ Alberto Gutiérrez, *La Guerra de 1879*, p. 53.

³⁰ *El Ferrocarril*, 25 de enero de 1877; *The Chilian Times*, Valparaíso, 27 de enero de 1877.

³¹ Weiner, *op. cit.*, p. 270; J.M. Spangler, *Civilization in Chili. Past and Present*, p. 43.

nación y que producía casi la totalidad de los alimentos, bienes de consumo y servicios del país. Teóricamente, la soberanía chilena incluía el estrecho de Magallanes, pero el dominio de Santiago sobre el territorio entre Punta Arenas y el río Biobío era frágil e intermitente.

La capital, Santiago, estaba conectada por vías férreas con algunas de las provincias sureñas, que eran productoras de trigo. Y un ramal separado unía a Santiago con Valparaíso, uno de los principales centros de distribución de la costa del Pacífico y el primer puerto de Chile. Pero no había vías férreas de Santiago hacia el norte. Había algunas en lo que pasó a llamarse el Norte Chico, pero conectaban los terrenos mineros del interior con puertos como Caldera, y no con el centro de Chile. Aunque el país poseía una red de caminos, eran pocos, por lo general estaban en condiciones miserables y demasiado primitivos para llegar al Norte Chico, menos aún al desierto de Atacama, situado muchos kilómetros más al norte. Por eso, los chilenos usaban el mar como la vía de transporte más eficiente y económica.

Al principio, el gobierno chileno recibía la mayor parte de sus ingresos de los impuestos a las importaciones. Eventualmente, el país empezó a exportar trigo a las naciones sudamericanas en la costa del Pacífico, a Estados Unidos y Gran Bretaña. El descubrimiento de plata en el Norte Chico desvió el foco económico hacia el sector minero. En un comienzo los mineros chilenos solo eran exportadores de materias primas, pero luego empezaron a refinar los minerales que extraían, creando, de esta manera, las primeras industrias pesadas en la capital, el extremo sur y en el norte. Sin embargo, la mayoría de los chilenos vivía en el campo, donde trabajaban como inquilinos en los grandes fundos.

El sistema político daba la impresión de ser casi tan desarrollado como su economía. Como todas las ex colonias españolas, la capitanía general soportó años de guerra. Hacia el año 1830 habían surgido dos facciones rivales: los liberales y los conservadores. Tras su victoria en la batalla de Lircay, los conservadores, guiados por su eminencia gris, Diego Portales, instauraron en Chile lo que se conocería como el “peso de la noche”, una constitución autoritaria y altamente centralizada, que reservaba los cargos gubernamentales y el sufragio a un pequeño grupo de hombres mayores, ricos y letrados. A pesar de sus deficiencias, el sistema funcionaba: habiéndose sometido a un estado de derecho, encarnado en la Constitución de 1833, las élites de la nación eligieron a cuatro hombres que administraron el Estado durante los siguientes cuarenta años.

Estas décadas no estuvieron libres de conflictos: Diego Portales murió a manos de tropas rebeldes en 1837, y en 1851 y 1859 estallaron dos guerras civiles, ambas fallidas. Sin embargo, a lo largo de los años el clima político de la república se tornó más benigno: una élite cada vez más educada creó nuevos partidos que, hacia el año 1879, ya sumaban cuatro, algunos de ellos motivados por el deseo de crear una sociedad más abierta y secular. En 1870 el Congreso

modificó la Constitución para prohibir la sucesión presidencial. De ahí en adelante el presidente solo podría servir un solo período de cinco años. Dos hombres –Federico Errázuriz (1871-1876) y Aníbal Pinto (1876-1881)– ocuparon el cargo sin mayores incidentes. A decir verdad, las elecciones legislativas y presidenciales no eran honestas –no lo serían hasta entrado el siglo XX– pero no eran tan perniciosas como para llevar a la oposición política a recurrir a la fuerza. Al contrario, la élite chilena participaba en una mascarada barroca: las elecciones se llevaban a cabo según lo dispuesto por la Constitución del año 1833: la prensa podía diseminar invectivas políticas sobre los que detestaba, y lo hacía, mientras que otros partidos, entre ellos pequeñas facciones, empleaban una variedad de tácticas –votos ficticios, compra de votos, errores de conteo y el uso, ocasional, de la fuerza– para asegurar su acceso al poder. El resultado no era una verdadera democracia sino una acomodación política que permitía el traspaso pacífico del poder de un candidato a otro.

Pese a sus fallas, el sistema político chileno parecía preferible al de cualquiera de sus vecinos. Entre 1823 y 1830, por ejemplo, Perú adoptó y luego rechazó seis constituciones diferentes, y previo a que en 1836 Perú y Bolivia se unieran de manera temporal en una confederación, ocho hombres distintos gobernaron durante el lapso de solo diez años. No fue hasta 1845 que un presidente peruano logró finalizar un período completo de cuatro años. El país adoptó otra constitución en 1856, que solo duró cuatro años. La inestabilidad política no dañó la economía de la nación, que prosperó gracias a las exportaciones de guano. Desafortunadamente, la riqueza fácil animó al gobierno a invertir en proyectos de extravagantes obras públicas, entre ellas la construcción de vías férreas, para tranquilizar a sus amigos y ganar aliados. Como observó Heraclio Bonilla, “el poder de cada caudillo-presidente estaba en la capacidad militar de sus seguidores” que de forma constante competían por “poder para saquear los recursos del Estado” que, como dijo el duque de Newcastle del viejo parlamento, se convirtió en “un pastizal para que se alimenten las bestias”. El primer partido político del país, el Civilista, apareció recién en 1872 cuando su líder, Manuel Pardo, asumió como Presidente. Cuatro años después otro presidente civilista, el general Mariano Prado, tomaría las decisiones fatales que llevaron a Perú a la guerra en 1879³².

La vida política de Bolivia era aún más rudimentaria que la de su aliado, lo que era de esperar, ya que, en palabras de uno de los padres fundadores de la nación, Antonio José Sucre, “Nuestros edificios políticos están contruidos sobre arena... sobre tal base ningún edificio puede subsistir”. En vez de partidos que, aunque imperfectamente, adherían a cierta ideología, predominaban las bandas personalistas. Un visitante inglés constató:

³² Heraclio Bonilla, “Peru and Bolivia from Independence to the War of the Pacific”, vol. III, p. 548.

“La mejor forma de describir la política en Bolivia es puramente personal, ya que los diferentes partidos políticos parecen surgir, cambiar y morir según corresponda a medida que un líder ambicioso pasa al frente y luego es reemplazado por un hombre más nuevo”.

Como reflejo de esta situación, pocos presidentes lograron completar su mandato. De hecho, entre los años 1839 y 1876, once hombres sirvieron como jefes ejecutivos en una nación que sufrió más de cien revoluciones. Estos levantamientos consumieron a los líderes civiles de la nación, y a su cuerpo de oficiales y equipamiento militar, socavando la capacidad de Bolivia de defenderse³³.

EL *CASUS FOEDERIS*

Aunque las antiguas colonias americanas rechazaron el gobierno de la corona española, aceptaron su doctrina de *uti possidetis juris* de 1810, según la cual las recién formadas repúblicas reconocían como fronteras los límites que España había usado para delinear sus antiguas colonias. Llegar a un acuerdo sobre las delimitaciones resultó bastante complicado porque a lo largo de los años varias organizaciones militares, religiosas y políticas habían creado versiones a menudo contradictorias de los mismos mapas. Como señaló el *Diario Oficial* de Chile, los cartógrafos tenían solo una idea vaga de dónde estaban los límites³⁴. Por ejemplo, la frontera entre Bolivia y Chile atravesaba el desierto de Atacama, uno de los territorios más desolados del mundo. Durante sus inicios, ni Bolivia ni Chile habían disputado con demasiado vigor la ubicación precisa de su frontera común: la posesión de unos pocos metros de un terreno baldío y árido simplemente no excitaba ni al patriota más ávido. Pero gracias al descubrimiento de guano primero y de nitratos, luego, ambos fuentes de sustancias químicas muy valoradas y necesarias para la manufactura de fertilizante y explosivos, el desierto de Atacama de pronto cobró atractivo. En consecuencia, a partir de la década de 1860 Santiago y La Paz comenzaron a hacer valer sus derechos sobre esta bonanza económica en potencia: Bolivia reclamó la tierra hasta el paralelo 25 latitud sur y Chile el territorio al norte hasta el paralelo 23 latitud sur. Ansiosos de afirmar su soberanía, los subordinados de Santiago ocuparon Mejillones en 1861, y los oficiales bolivianos fueron expulsados y reemplazados por chilenos que autorizaron la extracción de guano en la zona en disputa. En 1863, en su afán por hacer valer su demanda del desierto, la legislatura boliviana autorizó al Presidente, el general José María de Acha, a

³³ Véase Alcides Arguedas, *Historia general de Bolivia, 1809-1921*, p. 65; Mathews, *op. cit.*, p. 270; Herbert Klein, *Parties & Political Change in Bolivia 1880-1952*, p. 25; Nicanor Aranzaes, *Las revoluciones en Bolivia*, pp. 26-265.

³⁴ *Diario Oficial*, 8 de marzo de 1877.

usar la fuerza si Chile se negaba a reconocer la soberanía boliviana sobre el territorio en disputa.

El problema de la frontera pudo haber llevado a estos países a la guerra si no fuera por un inesperado resurgimiento de imperialismo: una expedición científica española de 1864, de hecho un grupo operativo naval, usó el supuesto maltrato de sus ciudadanos como excusa para tomar las islas Chincha de Perú. El incidente indignó tanto a Chile como a Bolivia, los cuales dejaron de lado sus propias riñas para rechazar la invasión española. Dejando pendiente una solución definitiva, se fijó la frontera en el paralelo 24. Eventualmente, las baterías costeras de Perú en Callao expulsaron la flota madrileña de las aguas sudamericanas, pero solo después de que esta hubiera bombardeado Valparaíso, el puerto principal de Chile. Con la paz restaurada en el Pacífico, el nuevo gobierno boliviano del general Mariano Melgarejo intentó resolver el problema limítrofe de nuevo en 1866. Santiago, tal vez fascinado con el espíritu de “americanismo”, estuvo de acuerdo con aceptar el paralelo 24 como frontera. Sin embargo, Chile mantenía el derecho a compartir, por partes iguales, las ganancias de la explotación de los minerales extraídos entre los paralelos 23 y 25.

Hacia principios de la década de 1870, numerosas sociedades radicadas en Chile no solo extraían guano sino, también, de manera creciente, nitratos en el desierto de Atacama. Asimismo, las empresas chilenas también extraían minerales de plata de las minas bolivianas de Caracoles, que enviaban a Chile, donde era procesado, fundido y, luego, exportado a Europa³⁵. Creyéndose víctima de los codiciosos capitalistas chilenos, el Congreso boliviano decidió proteger el futuro económico de su nación con un mayor control de los recursos del desierto. Empezó anulando el pacto de 1866 de Melgarejo.

En circunstancias normales, los chilenos hubieran respondido en forma agresiva, pero como el gobierno chileno se sentía amenazado por el reciente programa de rearme naval peruano y las demandas territoriales de Argentina, consideró prudente resolver de manera pacífica su disputa con Bolivia. Así, el nuevo presidente chileno Federico Errázuriz envió a Santiago Lindsay a La Paz con la instrucción de resolver el problema limítrofe. El acuerdo resultante, el pacto Lindsay-Corral de 1872, parecía casi una réplica del acuerdo de Melgarejo de 1866, aunque La Paz acordó incluir a los nitratos como uno de los minerales que los chilenos podían extraer sin pagar impuestos a cambio de algunas concesiones financieras. No es de sorprender que muchos bolivianos temieran que el pacto Lindsay-Corral no inhibiría de manera real a Chile de intentar controlar la zona en pugna: obviamente, Bolivia necesitaba más que palabras para mantener su territorio fuera de las garras de Chile. Bolivia rápidamente descubrió una alma gemela antichilena en Perú, que consideraba que

³⁵ John Mayo, *British Merchants and Chilean development, 1851-1886*, pp. 170-171; Thomas F. O'Brien, *The Nitrate Industry and Chile's Crucial Transition: 1870-1891*, pp. 10-11.

la decisión de Federico Errázuriz de adquirir dos buques de guerra acorazados ponía en peligro sus intereses marítimos. Por tanto, en febrero de 1873 Bolivia y Perú firmaron un acuerdo militar secreto comprometiéndose a ayudarse de forma mutua si Chile amenazaba a cualquiera de los firmantes.

Tal vez envalentonado por esta alianza, el congreso boliviano se negó a ratificar el acuerdo Lindsay-Corral. Federico Errázuriz, que temía que Bolivia y Perú incitaran a Argentina a unirse a su coalición antichilena, transigió una vez más: en agosto de 1874 Bolivia y Chile, fijaron otra vez el límite entre sus respectivos territorios en el paralelo 24. Chile renunció a sus reclamaciones territoriales y a su derecho a repartir, equitativamente, las ganancias derivadas de los impuestos a las empresas mineras en el desierto de Atacama y, a cambio, el gobierno boliviano prometió no subir los impuestos a las corporaciones mineras chilenas en el desierto durante veinticinco años. Algunos diputados bolivianos querían rechazar el tratado, pero la amenaza de renunciar del entonces Presidente, Tomás Frías, obligó a la legislatura a consentirlo³⁶.

Por desgracia, el tratado de 1874 no puso fin a la disputa. Los mineros chilenos, que llevaban mucho tiempo reclamando por el maltrato que recibían de la policía de Atacama, siguieron quejándose. Y después del asesinato de su compatriota Eliseo Arriagada, a quien disparó la policía local, los empresarios chilenos reclamaron al gobierno de Aníbal Pinto que los protegiera³⁷. Aunque este tema fue conocido por la Cámara de Diputados, el abuso no cesó, lo que causó gran consternación entre muchos chilenos que aún consideraban que el desierto de Atacama era de ellos. Lo que enfureció en particular a algunos periodistas chilenos fue el hecho de que las concesiones del gobierno de Federico Errázuriz a Bolivia no habían logrado nada: Bolivia seguía tratando mal a los trabajadores chilenos. En resumidas cuentas, escribía un diario en Copiapó, igual a Cristo que murió en la cruz “para redimir a la humanidad... Chile, a nombre de la solidaridad americana, cedió su terreno a Bolivia”. Sin embargo, Chile todavía sufría por “las ofensas que diariamente se infieren a sus hijos”³⁸. Por lo tanto, en 1879, después de años de sufrir no tan en silencio, Chile respondió al último agravio del presidente boliviano, recién “electo”, Hilarión Daza –la imposición unilateral de impuestos de exportación más altos– tomando el territorio que había cedido anteriormente a Bolivia, causando así la Guerra del Pacífico, un conflicto que luego involucraría también a Perú.

³⁶ Mario Barros Van Buren, *Historia diplomática de Chile*, p. 293.

³⁷ *El Constituyente*, 27 de noviembre de 1876.

³⁸ Chile, Cámara de Diputados, 4 de enero de 1877, pp. 725, 738; *El Constituyente*, 26 de enero de 1877.

La guerra del Pacífico puede ser dividida en seis períodos. El primero, y más corto, comenzó con la captura por parte de Chile del puerto boliviano de Antofagasta en febrero de 1879, y terminó pocos días después cuando ese país había ocupado el resto del desierto de Atacama. Durante la segunda etapa, que duró desde abril a octubre de 1879, las flotas chilenas y peruanas lucharon por el control de las rutas marítimas. Ambos bandos necesitaban de forma desesperada dominar las aguas vecinas a la costa de Sudamérica: si triunfaba la marina de Perú, sus barcos podrían atacar a las guarniciones expuestas de Chile en Antofagasta y también a sus puertos, particularmente Valparaíso, el centro neurálgico de transporte y comercio del país. Una armada peruana victoriosa también podía impedir que La Moneda, el palacio presidencial chileno, importara suministros y moviera tropas, equipamiento y animales de carga hacia la zona de guerra en el norte. Por supuesto, Perú era igual de vulnerable a un ataque marítimo que Chile. La flota de Santiago esperaba impedir que Lima reforzara sus guarniciones en Arica y Tarapacá. También quería obstaculizar la economía peruana limitando sus exportaciones de nitratos y restringir la importación de equipamiento bélico. Por último, sin dominar el mar, Chile no podría invadir Perú. La marina chilena resolvió el tema de la supremacía naval cuando, en octubre de 1879, capturó el último acorazado de Lima frente a Punta Angamos en la costa del sur de Perú; en un mes, la flota peruana casi había dejado de existir.

Tras su victoria en Angamos, Chile invadió la provincia de Tarapacá. Después del desembarco de tropas en Junín y Pisagua, las tropas de Santiago extendieron su cabeza de playa marchando tierra adentro. El triunfo chileno en Dolores, o San Francisco, en noviembre de 1879 le dio en la práctica el control de la región. Unos días después de su pérdida en Dolores, los aliados obtuvieron una victoria y evitaron que una fuerza chilena capturara el pueblo de Tarapacá. El éxito aliado, esencialmente su única victoria militar, no alteró de forma significativa el curso de la guerra: sin acceso a víveres, las tropas peruanas y bolivianas tuvieron que evacuar el distrito por el que habían luchado con tanta tenacidad. La conquista del territorio peruano resultó ser un verdadero regalo de Dios para Santiago: el control de las minas de nitrato le dio a Chile los medios para financiar su esfuerzo bélico. Por otro lado, la pérdida del impuesto a la exportación de salitre paralizó las finanzas peruanas y, por ende, su capacidad de obtener las armas que necesitaba para sostener la guerra.

La invasión y conquista de los chilenos de las provincias de Tacna y Arica los acercó a su objetivo: Lima. Esta campaña, que terminó en mayo de 1880, obligó a los chilenos a luchar primero en Los Ángeles y luego a marchar a través de un desierto inhóspito para atacar las tropas peruanas y bolivianas que dominaban la zona sur de la provincia. Los chilenos pagaron un alto precio para vencer el ejército aliado en la batalla de Tacna, o Campo de la Alianza,

pero este triunfo, junto con la captura del bastión naval peruano de Arica, abrió el camino para que Santiago atacara Lima. La conclusión de esta cuarta etapa de la guerra también marcó la erradicación de los ejércitos regulares de los Aliados: en adelante, Perú tendría que depender principalmente de reclutas sin experiencia para luchar en la guerra. Perú, además, perdió a su aliado: después de mayo de 1880 Bolivia ordenó a sus tropas sobrevivientes volver a la capital, donde se atrincheraron a la espera del desarrollo de los acontecimientos.

Al rededor de seis meses después de la caída de Arica, Chile lanzó su última y más ambiciosa ofensiva: sus barcos transportaron aproximadamente a treinta mil hombres, junto con sus cabalgaduras y equipos, ochocientos kilómetros hacia el norte para atacar Lima. A pesar de sufrir graves bajas, los chilenos lograron tomar la capital peruana en enero de 1881. Muchos suponían, o tal vez tenían la esperanza, de que la toma de Lima pusiera fin al conflicto. Pero como Chile no logró capturar lo que quedaba del ejército que defendía la capital, las tropas peruanas derrotadas pudieron huir al altiplano andino, desde donde hostigarían a los chilenos.

Como ningún político peruano estuvo dispuesto a ceder territorio a los chilenos a cambio de un tratado de paz, la guerra mutó a una feroz lucha de guerrilla, parecida a la que acosó a Napoleón Bonaparte en España. La campaña para erradicar a los últimos vestigios de la resistencia peruana fue el período más difícil, salvaje y prolongado del conflicto. Ciertamente, el combate de dos años contra las fuerzas irregulares consumió los recursos de Santiago y debilitó de manera lenta su voluntad de seguir luchando. Por fortuna para Chile, la resistencia peruana colapsó primero: el recién estrenado gobierno de Miguel Iglesias firmó un tratado de paz en octubre de 1883. Meses después, la amenaza de una invasión chilena obligó a Bolivia a aceptar un armisticio y poner fin a la guerra.

LA NATURALEZA DE LA GUERRA

Superficialmente, la Guerra del Pacífico se parecía a la guerra civil de Estados Unidos y al conflicto franco-prusiano. Los ejércitos combatientes emplearon armas modernas de avancarga o rifles de retrocarga, artillería de acero de campaña y montaña de Krupp, y ametralladoras Gatling; sus flotas de acorazados lucharon por el control del mar. En efecto, el segundo enfrentamiento en el mundo entre buques de guerra ocurrió frente a Punta Angamos en octubre de 1879. Más adelante, las armadas manufacturaron y desplegaron una variedad de torpedos y minas navales, así como el recién creado bote torpedo. Las partes beligerantes también dependían del telégrafo y las vías férreas para la comunicación y el transporte de sus tropas, mientras que sus médicos atendían a los enfermos y heridos.

Aunque podían parecer diminutos en comparación con el tamaño de los ejércitos involucrados en los conflictos de Estados Unidos o Europa occiden-

tal, la Guerra del Pacífico consumió una proporción relativamente alta de las poblaciones masculinas de los tres bandos beligerantes. A principios de 1881, el ejército de La Moneda tenía unos cuarenta y dos mil hombres armados, quienes, junto con dos a tres mil marinos e infantes de marina, constituían alrededor del dos por ciento de los habitantes varones de Chile. Es más difícil calcular cuántos hombres peruanos y bolivianos sirvieron en la guerra, en parte porque estas naciones no sabían con precisión cuántos ciudadanos residían en los poblados aislados de los Andes³⁹. Aun así, calculamos que Bolivia envió un ejército de al menos ocho mil efectivos al oeste para expulsar a los chilenos de Tarapacá. Más tarde, La Paz levantó otras unidades que contenían al menos otros dos mil hombres. Así, más del uno por ciento de la población masculina de Bolivia servía en el ejército. El Ejército del Sur peruano, que sumaba cerca de nueve mil hombres, junto con los veintiún mil en el cuerpo que defendía a Lima, representaba más del dos por ciento de su población. Por otra parte, esta cantidad no incluía a los soldados en guarniciones en el norte de Perú. En resumen, estas guerras tuvieron un impacto significativo en la población masculina de ambos bandos. Como veremos, también participaron mujeres en la guerra⁴⁰.

Si bien los historiadores de cada una de estas naciones han descrito a estos ejércitos como el producto de reclutamientos en masa, de hecho no lo fueron. Al comienzo de la guerra, los patriotas o ingenuos se ofrecieron de inmediato para el servicio militar, pero una vez que culminó la fiebre marcial, los gobiernos respectivos volvieron a la práctica tradicional de la leva entre los incautos, los sin importancia y los desafortunados. Tradicionalmente, las levas cosechaban primero a los criminales, los vagos y los mendigos. Después de que se agotó esta veta, los reclutadores se concentraron en los indígenas de Perú y Bolivia, así como en la clase obrera rural y urbana, y los artesanos de las tres naciones; la gente decente (los que tenían dinero) estaba exenta del reclutamiento.

Como la mayoría de los oficiales aliados obtuvieron su experiencia militar no librando guerras extranjeras, sino tratando de proteger o derrocar un gobierno existente, pocos habían aprendido algo que se pareciera a tácticas militares formales. La mayoría de los oficiales regulares chilenos, muchos de los cuales se habían graduado de la Escuela Militar, tampoco habían estudiado las recientes guerras de Estados Unidos o Europa Occidental. Irónicamente, si bien la lucha constante contra los indígenas araucanos daba experiencia militar a los oficiales chilenos, estos encuentros no los prepararon para pe-

³⁹ Richard S. Phillips, *Bolivia in the War of the Pacific, 1879-1884*, p. 93.

⁴⁰ Caivano, *op. cit.*, vol. II, pp. 143-145; Manuel Alba, *Diario de la Campaña de la 5 División del Ejército Boliviano, comandante general de la división el General Narciso Campero*, p. 120. Señala que habían tropas adicionales guarneciendo otras zonas. Manuel P. Claro, *Diario de un excombatiente de la Guerra del Pacífico*, p. 28.

lear una guerra formal. Por tanto, tal como sus enemigos, los comandantes chilenos continuarían usando las tácticas del periodo napoleónico –ataques en columnas en masa– prefiriéndolas a las formaciones abiertas empleadas durante los últimos años de la guerra civil estadounidense o a las tácticas de las maniobras prusianas.

Aunque los ejércitos enemigos ignoraban, o no estaban dispuestos a adoptar, las lecciones tácticas de las guerras más recientes, sí incorporaron algo de sus tecnologías. Chile y Perú usaron el telégrafo e intentaron impedir que sus enemigos accedieran a este instrumento. Las vías férreas también representaron un papel, pero no en el mismo nivel que en Estados Unidos o Europa Occidental, en parte porque ni Santiago ni Lima poseían redes ferroviarias extensas. Los ferrocarriles chilenos transportaron hombres y víveres desde el valle central a la capital y luego a Valparaíso, donde se embarcaban para navegar hacia el norte. La principal línea férrea peruana, que iba desde el puerto de Callao a Lima y luego a las faldas del altiplano, no resultaría tan útil porque no llegaba a la altamente poblada zona andina. Chile también usaría vías férreas peruanas para mover hombres y víveres a Tarapacá, para llevar tropas de Tacna a Arica, y para transportar hombres y equipamiento militar de la costa al altiplano durante la última fase del conflicto. Los ejércitos en ningún momento dotaron de personal a estos servicios, que quedaron bajo la competencia de civiles contratados.

Los militares peruanos, tal vez porque en lo esencial estaban luchando en su propio territorio, no tuvieron que crear un cuerpo de abastecimiento; en cambio, contaban con proveedores o partidas de recolectores. Aunque en algunos casos también dependía de recolectores, Bolivia usaba principalmente sus institución de preguerra, el *prest*, para alimentar a las tropas. Pero como Chile tenía que operar en territorio extranjero, La Moneda tuvo que establecer unidades de intendencia. Sin embargo, estas nuevas organizaciones necesitaban mano de obra de civiles y habilidad técnica para poder funcionar. Lo mismo sucedía con varias compañías de ambulancia: los tres países dependían de médicos civiles y organizaciones benéficas para ocupar los cargos, financiar y equipar sus unidades, tal como tuvieron que contar con civiles para satisfacer sus necesidades de transporte, comunicaciones y a veces abastecimiento.

Comparada con varios conflictos europeos, la Guerra del Pacífico puede parecer un remanso, sin embargo, incrementa nuestro conocimiento de la historia de las formas de hacer guerra. Chile fue una de las primeras naciones que lanzó operaciones anfibia, no solo al invadir el territorio peruano sino, también, al usar su flota para participar en combates navales y asegurar sus vías de suministro. La batalla por la supremacía naval ofreció lecciones para los estrategas marítimos: aunque la flota peruana usó sus espolones sumergidos, se hizo evidente que, en la era de la artillería naval pesada, estos tenían un futuro muy limitado. Asimismo, el despliegue de minas navales, los torpedos de bauprés y Lay revelaron que estas armas necesitaban ajustes. (Irónicamente,

en la guerra civil de 1891 la marina chilena sería la primera en usar el torpedero Whitehead para hundir un buque blindado). El combate entre el acorazado peruano *Huáscar* y los chilenos *Almirante Cochrane* y *Almirante Blanco Encalada* dio a los ingenieros navales la oportunidad de estudiar el efecto de armas pesadas en buques blindados.

Los ejércitos que lucharon en la Guerra del Pacífico parecen haber usado las armas más modernas, pero al servicio de tácticas tradicionales. Con escasas excepciones, ninguna de las formaciones o tácticas de los participantes diferían de manera dramática de las que se usaron en guerras anteriores. Es cierto que los adversarios usaron las vías férreas y el telégrafo una vez que estuvieron disponibles, pero como ninguno de los combatientes tenía una red extensa de transporte, el impacto de la vía férrea fue limitado, aunque el sistema de telégrafo resultó más útil por el área que cubría. Los ejércitos enemigos tampoco advirtieron de inmediato que la guerra se había tornado tan compleja que necesitaban un estado mayor para dirigir las armas de combate y también los servicios técnicos. De hecho, ninguno de los ejércitos tenía un estado mayor en funcionamiento cuando se inició la guerra. Y cuando los diferentes ejércitos finalmente crearon estas unidades, pocos o ninguno de los oficiales que servían en ellos habían estado en algo que se pareciera en algo a una academia de guerra. En resumen, los ejércitos habían adquirido armamento moderno, pero no el conocimiento que les hubiera permitido usar estos recursos de forma más fluida. Esto tuvo que ser improvisado.

Las importaciones y la fabricación nacional de armamento permitieron a Chile, Perú y Bolivia proveer a sus ejércitos con armas y municiones. Ninguno de los combatientes contaba con organismos capaces de entregar asistencia técnica a las fuerzas armadas. Como carecían de las organizaciones estructuradas para proporcionar apoyo logístico, privatizaron el esfuerzo bélico: arrendaron líneas de telégrafos, vías férreas y transporte, y apelaron al público para la necesidades financieras y técnicas, como si apoyar a los militares fuera un hospital de beneficencia o una caridad pública. Afortunadamente para estas naciones, sus poblaciones civiles no solo proveían liderazgo y pericia técnica en el área de abastecimiento, transporte, medicina y comunicaciones sino que, también, atendían a los heridos y a veces enterraban a los que sucumbían de sus heridas.

Como veremos, los bandos enemigos cometieron varios errores durante el conflicto, en gran medida como consecuencia de no asimilar las lecciones que ofrecieron las guerras de Estados Unidos, Europa y Rusia. Sin embargo, estos errores no demuestran que las fuerzas armadas latinoamericanas fueran intrínsecamente incompetentes. Los ejércitos de Europa también ignoraron o dejaron de asimilar estas mismas lecciones, incluso cuando lucharon contra enemigos, al parecer, inferiores en África y Asia. Aun después de que la guerra de Gran Bretaña con los Boers demostraron la necedad de los ataques en masa, el brigadier general Launcelot Kiggell seguía argumentando que “La

victoria se gana ahora en realidad por la bayoneta, o el miedo a ella”⁴¹. El ejército francés, que en 1870 aprendió de primera mano a no lanzar ataques en masa, también tendría que volver a aprender la dolorosa lección, a un alto precio, durante la Primera Guerra Mundial.

Los países sudamericanos tenían al menos una excusa para no asimilar la teoría militar más moderna: como estas naciones estaban en etapas distintas del proceso de modernización que sus contrapartes europeas o estadounidenses, carecían del entrenamiento intelectual y la infraestructura de las sociedades más modernas. Y lo que es más importante, ni Perú ni Bolivia eran naciones en el sentido tradicional: como observó el boliviano Roberto Querejazu, el tamaño de ambos países y la separación de sus poblaciones por actividad económica, diferencias culturales y barreras geográficas fomentaba el regionalismo y debilitaba el concepto de Estado-nación. Eventualmente todos los combatientes, no solo los gobiernos peruanos y bolivianos, admitieron que tenían que reestructurar sus instituciones, entre ellas sus fuerzas armadas. Pero no se dieron cuenta de esta apremiante necesidad hasta que ya habían callado los cañones de la Guerra del Pacífico.

⁴¹ Launcelot Kiggell, *Report of a Conference of General Staff Officers at the Staff College, 17-20 January 1910*; Joseph C. Arnold, “French Tactical Doctrine, 1870-1914”, p. 66; Eric Brose, *The Kaiser’s Army*, argumentó, por ejemplo, que la negativa alemana de aceptar que las nuevas tácticas habían anulado virtualmente el papel del hábito de la caballería de atacar en formaciones masivas, pp. 102, 156, 188, 195-196, 201.